
Palabras de la senadora Beatriz Paredes Rangel,
presidenta de la Comisión de Ciencia y Tecnología del Senado de la República,
en la ceremonia de premiación del Vive conCiencia 2018

Muy buenas tardes:

Felicidades a todos los ganadores. Felicitaciones a todos los organizadores.

Es un gusto estar aquí en el Conacyt (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología) en un momento tan conmovedor, tan emocionante y, por favor, doctora (Julia) Tagüeña, salúdenos al señor director general del Conacyt, el doctor Enrique Cabrero.

Muchas gracias, doctor (José) Franco por invitarme a una ceremonia tan bonita y qué gusto conocerla, diputada (Lilia Sarmiento).

Un saludo a todos los integrantes del presidium.

Estuve pensando mucho qué decirles, jóvenes. Me acordé que, en la Prepa... Yo no estudié en una escuela tan bonita como las de ustedes ¿eh? Yo estudié en una prepa por cooperación: nos prestaban una primaria, y en la tarde la usábamos como prepa. Como comprenderán, pues los pupitres (eran muy pequeños y) no cabían muchos de mis compañeros.

En la prepa hicimos un grupo que nos permitió ganar un concurso; no tiene mucho sentido conversarles de qué, pero sí tiene sentido, creo, decirles qué nos pasó a los que ganamos, porque creo que la reflexión, después de este día de felicidad, de alegría, de estar en la Ciudad de México, de pasar al frente, de recibir su premio, de ser acompañados y felicitados por sus profesores, la reflexión es: ¿qué vamos a hacer mañana? Ya hoy alcanzamos una meta pero ¿qué sigue? ¿Cómo le vamos a hacer?

Y voy a hacerles un relato muy breve: pasaron cosas distintas con los que eran hombres y los que éramos mujeres (de aquel grupo). Algunas de las mujeres más aplicadas, más listas, se casaron y ya no siguieron estudiando; y uno decía: —¿Por qué fulanita —que era la mejor en matemáticas— ya no siguió estudiando? Porque su novio ya no que siguiera estudiando. Entonces el destino, por razones de género, comenzó a influir en ese grupo.

Otro amigo, que su papá era bien briago, con el pedazo del premio (que le tocó)... Nuestro premio era de 10 mil pesos; que entonces eran muchos; más o menos lo de ustedes, o un poquito más pero era un premio colectivo, no eran 10 mil pesos para cada quien; pero con lo que le tocó, ese amigo —su papá

¡TRANSFORMA!

Haz realidad tus ideas

era rebriagote– y él aprendió, e hizo tres fiestas que fueron borracheras memorables en el pueblo –yo soy de Huamantla, rumbo a Veracruz y he vivido en Veracruz y estudiado en la Universidad Veracruzana también– se puso hasta trancas, nos invitó a todos, y ese muchacho se volvió alcohólico, y se murió como a los 30 años.

Uno que quería ser médico –y era bien difícil entrar a medicina– logró entrar; se puso a estudiar, mantuvo un buen promedio y después llegó a ser director del Hospital de Huamantla, que para nosotros, nuestra generación, era muy importante.

Pero ¿qué aprendí?, no les voy a relatar de cada uno. Aprendí es que este es un momento en el que se tienen que detener a pensar qué quieren ser. No sólo qué quieren hacer, sino qué quieren ser.

Yo me acuerdo que con el pedazo (del premio) que me tocó a mí; que como yo coordinaba –y era una onda en donde yo había puesto... Fue el primer gran concurso de composición para hacerle una canción a Tlaxcala y yo había hecho la letra y la música, y todo el equipo que montamos fue para armar un coro. Y yo (me) dije: (con) una parte de la lana voy a comprar –con el consejo de mis maestros; el doctor Salazar era el director de la prepa– una bibliotequita (un lote de libros) para la biblioteca y esa va a ser mi donación; y lo demás, lo voy a invertir.

¿Qué quieren ser? ¿No sería extraordinario que aquí hubiera un premio Nobel? A lo mejor hay un premio nobel. ¿No sería fantástico que se especializaran en la materia de su investigación?

Tienen que decidirse a ser. Y eso va a significar un enorme esfuerzo porque probablemente su familia no tenga dinero para respaldarlos en toda la carrera, en un posgrado. Probablemente tengan problemas concretos, como cuidar a sus padres o a sus mamás. Probablemente tengan muchos hermanos.

Pero ya llegaron a una meta. Ya tienen una lanita que pueden no quemársela toda sino ahorrar una parte. Ya tienen la posibilidad de pensarse en el futuro; no sentados ahí (en el auditorio) sino sentados acá (en el estrado) habiendo impulsado a muchos jóvenes de su país.

Yo supe muy pronto qué quería hacer: curiosamente, no supe qué quería ser. Yo quería apoyar a los campesinos de la región; yo soy mestiza pero de origen tlaxcalteca por el lado paterno, y en la zona de Huamantla son otomíes y aprendí mucho de los indígenas; entonces yo sabía que eso quería hacer. Para poder hacer eso, necesitaba tener instrumentos de conocimiento social para poder apreciar y valorar la cultura diversa de mi entorno; entonces, así descubrí que quería estudiar sociología.

Ustedes ya saben que son científicos; ustedes ya saben y ya van kilómetros delante de muchos jóvenes que no tienen la menor idea de lo que son. Ustedes ya saben que son científicos y científicas; triunfadores y triunfadoras. Pero no son triunfadores y triunfadoras porque –perdón por la expresión

aquí con los maestros– sea cada uno o una (de ustedes) muy chingona. Son triunfadores y triunfadoras porque saben trabajar en equipo; es a esa la enorme diferencia.

Tuve un maestro maravilloso en otra secundaria que también era así: que un día me dijo –cosa que les comparto porque aquí hay mucho geniecito–; me dijo, me llamó (porque), yo era verdaderamente insoportable, ¡eh!; sigo siendo, pero procuro evitarlo, pero era verdaderamente insoportable: como había vivido unos años en México, yo creía, yo ya me sentía de México, no de Huamantla; tenía libros en mi casa, iba a bibliotecas, en fin... entonces, yo regresé a Huamantla como si fuera Juan Camaney; presumidísima, insoportable –no vayan a regresar así a sus escuelas, ¡eh!, no vayan sintiéndose así–; entonces, ese maestro veía que yo me distraía mucho en una clase que a mí me gustaba mucho y que era matemáticas. (Y me dijo): – ¿Por qué das tanta lata y estás hablando todo el tiempo? Y yo contesté: – Es que yo ya me sé la clase, maestro. Era teoremas lo que estábamos viendo en esa clase de secundaria. – ¡Ah, ya te sabes la clase!, dijo el maestro. – Claro, maestro, le dije yo. Acabo de ganar el (concurso de) Vive conCiencia y soy mu sácalepunta. Entonces el maestro dijo: –Vas a ser mi profesora adjunta, dijo él. – Y cuál va ser mi tarea, le pregunté. –Vas a pasar en limpio mis apuntes... ¡Y el profesor tenía una letra verdaderamente infame! Entonces, yo tenía que ir muy temprano por los apuntes, pasarlos en limpio y, después, yo llegaba como su adjunta; los compañeros pensaban: está loquita.

Un día me llamó el maestro (y me dijo): – Mira Beatriz: ¿a cuál de tus compañeros les caes bien? A ti, la inteligencia solo te ha servido para volverte bien presumida; para volverte muy arrogante; para creer que sabes más que todos.

Y entonces, la inteligencia, en lugar de ser un vínculo y un puente con tus compañeros, para que te admiren, se está volviendo un abismo entre la realidad de tus compañeros y tú. Si de veras te sabes la clase –cosa que era mentira–, si de veras eres tan buena en matemáticas, vas a tener dos tareas: vas a lograr que los dos muchachos que vayan más mal calificados pasen el año. Esa va a ser una de tus tareas. Muy importante. Y, segundo, vas a definir para qué te va servir la inteligencia, porque tú no hiciste nada para ser inteligente: es una combinación genética y biológica, y tuviste la suerte de estar bien alimentada cuando eras chiquita. Es un don, no producto de un esfuerzo. Y la inteligencia es una responsabilidad; es una enorme responsabilidad.

Esas palabras de ese profesor me cambiaron la vida. Y conocer a los dos amigos, que eran los más burros del salón, y que lo que sucedía era que no tenían condiciones ni contexto para poder estudiar: uno francamente no tenía retentiva porque estaba desnutrido desde chiquitito, y (el) otro vivía en una casa de adobe, donde dormían seis (hermanos) y la mamá guisaba en horno de piso; entonces, su contexto no los favorecía.

Ustedes vienen de regiones fascinantes de nuestro país. Una de las cosas más importantes que ha hecho el sistema de educación pública mexicano es tener una cobertura nacional, y que existan escuelas como

¡TRANSFORMA!

Haz realidad tus ideas

los tecnológicos, la universidades tecnológicas, el (Instituto) Tecnológico Nacional, las universidades en prácticamente todo nuestro territorio nacional. Yo quiero aprovechar a la doctora Ofelia Angulo, quien es una apasionada del sistema tecnológico, y a los directores que están aquí. Ustedes tienen el privilegio de representar a sus regiones, de ser los mejores en sus regiones. Jalen a los demás, trabajen en equipo, no se rindan.

Si están muy enamoradas de un güey que no las deja estudiar, cambien de güey. No se trata de que se queden atrás por ser mujeres; no se trata de que no busquen y no alcancen las oportunidades.

Hiciste (José Cuenca Lerma, orador en nombre de los ganadores) una referencia a los sueños, a tener sueños, y luego mi querido amigo de la ANUIES (doctor Roberto Villers) la recordó. Claro que hay que tener sueños; claro que hay que estirar la mano, hay que alargar la vista; hay que crecer para alcanzarlos pero, sobre todo, nunca hay que rendirse.

Yo les digo: tienen hoy un gran punto de apoyo, de prestigio, de reconocimiento, no se rindan. A lo mejor aquí hay un premio Nobel. Cuando menos, estoy segura, hay futuros doctores y futuras doctoras para servir a México.

Muchas gracias.